

**ACTAS DEL XIII
CONGRESO INTERNACIONAL
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL**

(Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009)

**IN MEMORIAM
ALAN DEYERMOND**

I

Editadas por
José Manuel Fradejas Rueda
Déborah Dietrick Smithbauer
Demetrio Martín Sanz
M^a Jesús Díez Garretas



VALLADOLID
2010

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2010

© Los autores, 2010

Reservados los todos derechos. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, salvo para citas, sin permiso escrito de los propietarios del copyright

Publicado por el Ayuntamiento de Valladolid y la Universidad de Valladolid

Ni el Ayuntamiento de Valladolid, ni la Universidad de Valladolid (UVa) ni la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM) ni los editores son responsables de la permanencia, pertinencia o precisión de las URL externas o de terceras personas que se mencionan en esta publicación, ni garantizan que el contenido de tales sitios web es, o será, preciso o pertinente.

Edición realizada dentro del proyecto de investigación VA46A09 financiado por la Junta de Castilla y León.

Ilustración de la cubierta de María Varela

ISBN 978-84-693-8468-8

D.L. VA 951-2010

Impreso en España por
Valladolid Artes Gráficas

MUERTE Y ENTIERRO DE TRISTÁN EN EL *TRISTÁN DE LEONÍS* (VALLADOLID, 1501)

ANTONIO CONTRERAS MARTÍN
Universidad de Barcelona

I

“Esta noche morirá el buen cavallero”. Así, por medio de un solemne dodecasílabo, anunciaba un ángel en la edición de Juan de Burgos (1501), la muerte de Tristán¹. El anuncio profético se le revela en sueños a su amada, Iseo, quien temerosa y triste (“espantada” y “triste”), no alcanza o no quiere alcanzar a comprenderlo (“e no sabía qué cosa fuese, e rogava a Dios que no fuese su Tristán”).

Se inicia, de ese modo, el último período de la biografía del joven caballero de Leonís: el episodio de su muerte y entierro². En este trabajo, me propongo acercarme a cómo pudo ser percibido este episodio en la Castilla bajomedieval y en la del primer tercio del siglo XVI.

II

El episodio está formado por tres secuencias: (1) ataque y herida, (2) agonía y muerte, y (3) entierro.

¹ No aparece el anuncio ni en la versión francesa, *Le Roman de Tristan en prose*, IX, Philippe Ménard, dir., Genève, Droz, 1997, págs. 186-203; ni en las italianas, *La Tavola Ritonda*, Marie-José Heijkant, ed., Milano-Trento, Luni Editrice, 1997, págs. 502-514, y *Tristano Riccardiano*, E-G. Parodi– Marie-José Heijkant, ed., Parma, Pratiche Editrice, 1992, págs. 393-409. Esta parte no se ha conservado en el código del *Tristán de Leonís*, en Carlos Alvar-José Manuel Lucía Megías, “Hacia el código del *Tristán de Leonís* (cincuenta y nueve fragmentos de la Biblioteca Nacional de Madrid”, *Revista de Literatura Medieval*, XI, 1999, págs. 9-135. A partir de ahora *TP*, *TR*, *TRi* y *TC*, respectivamente.

² La narración ocupa los fols. 88^v-93^r del *Libro del esforçado cavallero don Tristán de Leonís y de sus grandes fechos en armas* (Valladolid, Juan de Burgos, 1501). Todas las referencias proceden de *Tristán de Leonís*, María Luzdivina Cuesta Torre, ed., Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1999, caps. LXXX-LXXXIII, págs. 173^a-182^a. Desde ahora *T*.

ATAQUE Y HERIDA (1)

Tristán es herido por una lanza envenenada (“lança emponçoñada”, pág. 173^b), arrojada por su tío, el rey Marco, al hallarlo en fragante adulterio (“don Tristán dormía en la cama con la reina”, íbid.). Se trata de una grave herida en la cadera (“e diole un gran golpe que le metió la lança por las caderas”, íbid.), de claras connotaciones sexuales, que al ser limpia (“sacóse la lança del cuerpo”, íbid.), habría podido ser curada, a pesar del veneno (“e cató el fierro e conoşció que era enponçoñado”, íbid.)³. Sin embargo, acaba resultando mortal (“e catáronle la llaga, e vieron cómo era mortal”, pág. 174^a); por un lado, por la impericia de los médicos (“E hizieron venir muchos maestros de todas partes, e ninguno no sabía dar buen consejo”, íbid.); y, por el otro, al recibir el posible tratamiento adecuado a destiempo (“E la reina púsole muchos emplastos e

³ Lanfranco de Milán en *Magna Chirugia*, señala la gravedad de las heridas en esa parte del cuerpo (“Pues parece como las llagas que son fechas en aquestos lugares al través son temerosas por el cortamiento de los nervios, e de los músculos, e de las cuerdas, e de las venas, e de las arterias, cuyo andamio de todo es segund la longura de las piernas”), y la posibilidad de su cura (“Empero las llagas que son fechas en aquestos miembros non se desvarían en curas de aquellas llagas de los braços e de las manos, segund que es mostrado”), Guadalupe Albi Romero, *Lanfranco de Milán en España. Estudio y edición de la Magna Chirugia en traducción castellana medieval*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1988, pág. 256. Y, en *Cyrurgia* de Teodorico Borgognoni se describe pormenorizadamente el tratamiento de las heridas envenenadas (“Las melez’inas q<ue> desatan & alinpián las llagas del venjno son estas balastria agalla morisca alunbre Cortez’as de mjelgranás enc’ienso litargirio flores de dormjdera uermeja farina de ordio. agua en q<ue> sea lauado alunbre. {GL. [^2p<ar>a alynpiar l[*as] llagas’ d<e>l ve[*njno]]} este vngue<n>te vale para eso mjismo en el q<ua>l acordaro<n> almanc’or & avic’ena. % toma litargirio fecho poluos & enbueluelo mucho} [fol. 16v] {CB1. en vinagre & en olio fasta q<ue> sea enblanq<ue>c’ido. % depues toma a[n]tjmonjo alunbre q<ue>mado balastria agallas’ sangre de dragon alunbre catjnia arge<n>ti fas de plata es de cada Cosa igualmente. % Estas cosas sea<n> fechas poluos & pon dellos q<ua>nto la sesta p<ar>te del vngue<n>to sobr<e>dicho E mesclalos con el avic’ena diz’ q<ue> el en prouecho fechos’ de las fojas Rez’ie<n>tes del nogal o de la nuez’ mesma. % asy com<m>o esta faz’e grant prouecho a las llagas & desata los vmor<e>s’ syn enpec’imje<n>to njnguno. % Estas Cosas otrosy alinpián las llagas de la podredura & la deseca<n> yreos co<n> mjel & vinagre & aristologia. % este vngue<n>to es maraujlloso q<ue> fiz’o alma<n>c’or q<ue> Come la carne muerta toma Raeduras de aranbre & mjel puro de cada vno vna onc’a & mesclalas en vno E sera vngue<n>to. % E sy de la mjel pusieres mas sera mas’ flaco & si menos sera fuerte. % otro vngue<n>to sera p<ar>a esto. % tomas fes de olio Rosado vinagre puro mjel de cada vno vna onc’a. % de aranbe verde tres dramas’. % las Cosas q<ue> se pueden majar fas poluos & mesclas co<n> las’ otras E sera vngue<n>to maraujlloso sepas q<ue>l aristologia lue<n>ga se deue poner en las llagas mas q<ue> no<n> la redonda en las apostemas mas q<ue> la lue[n]g(u)a. % Ca obra mas fuerte & sotjlmjent<e>”, *Tedrico de Çirugia* (fol. 16^v), *Textos y concordancias electrónicos del Corpus Médico Español*, María Teresa Herrera-María Estela González de Fauve, dir., Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997.

medicinas; empero todo no valía nada, que la ponçoña le entrava dentro del coraçón, e era ya medio muerto”, pág. 177^a).⁴ Pero, ¿de qué veneno se trata? La documentación, muy escasa, demuestra que, en la Península Ibérica, para la confección del veneno para armas se empleaba el ‘eléboro blanco’ (VERATRUM ALBUM)⁵, que las fuentes castellanas denominan ‘vedegambre’⁶, con cuyas raíces se elaboraba la ‘yerva de ballestero’⁷.

⁴ La pericia de la reina Iseo en la curación de heridas envenenadas es reconocida, pues ella, gracias a sus conocimientos médicos (“e católe la llaga e viola mala e de mala guisa. E púsole tales unguentos e medicinas que dende en quinze días fue sano”, pág. 27^b), es quien sana a Tristán de una terrible herida en la pierna (“e tiró una flecha con yerba, e dio a Tristán en la pierna con grande ferida”, pág. 24^a), de la que no logra curarse (“e estava en grand pena porque no podía sanar”, pág. 25^a). La posibilidad de curarse de un envenenamiento se documenta, por ejemplo, en los casos de Lanzarote del Lago y de Galván, quienes son sanados por sendas doncellas en *Lanzarote del Lago*. Véase *Lanzarote del Lago*, Antonio Contreras Martín-Harvey L. Sharrer, ed., Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006, págs. 301-310 y 90-92, respectivamente. Asimismo, Galván, en su adolescencia, sobrevive a una saeta envenenada, por medio de los cuidados de Merlín. Véase Antonio Contreras Martín, “La infancia y adolescencia de un caballero: Galván en la literatura artúrica castellana”, *Mirabilia. Revista Eletrónica de História Antiga e Medieval. Journal of Ancient and Medieval History*, 8, 2008 (December), págs. 332-350.

⁵ Lo usaban ya los galos según ha demostrado N. G. Bisset, “Arrow and Dart Poisons”, *Journal of Ethnopharmacology*, 25, 1989, págs. 1-41, donde describe, asimismo, los síntomas que provoca (págs. 19-24).

⁶ “Yerva conocida, dicha heléboro blanco, y según algunos yerva de vallestero”, según Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1674), Martín de Riquer, ed., Barcelona, Alta Fulla, 1987, pág. 996.

⁷ Alonso Martínez de Espinar narra con detalle cómo preparar la ‘yerua de ballestero’: “Esta yerva se haze con las raíces de la vegambre. Cógense en la menguante de agosto, por estar entonces en su mejor sazón y fortaleza. Para hazer este veneno son mejores las raíces más pequeñas, y las que son más morenas, que tiran a amarillo; las blancas no son tan fuertes. Cógense en las sierras de Guadarrama, y en las de Véjar. Son como navillos menudos, y los más barbadillos, y delgados, son los mejores. La diligencia que se haze es quitarles toda la tierra, y otra cuaquiera vascosidad, y lavarlas muy bien. Después d’esto, se machacan, y ponen en una prensa para sacarlas el çumo, el cual, muy bien colado, le ponen que hierva y le quitan la espuma y vascosidad, que le ha quedado. Y, hecho esto, le buelven a colar y le ponen al sol desde las diez del día hasta que va cayendo la tarde. Y lo mismo se ha de hazer tres o cuatro días o más. Y cada día, antes de ponerlo al sol, se ha de colar, como queda dicho. Y, cuando está en su punto, queda como arroppe, de aquella misma color, pero más espeso; de manera que, si le meten una paja o palillo dentro, se pegue a él. La que haze más largo hilo, y, cuando se quiebra, se encoge más apriessa, y oliéndola, provoca con violencia estornudar, es la más fuerte. Otros hazen esta yerva, dándola en lugar de sol herbore; mas no es tan fuerte como la que cura el sol”, *Arte de Ballestería y Montería*, Madrid, Imprenta Real, 1644, cap. VIII, fol. 19^{r-v}. Para la transcripción del texto empleo los mismo criterios que en *Lanzarote del Lago*, op cit., págs. XIV-XVI.

AGONÍA Y MUERTE (2)

La salud de Tristán se deteriora de forma lenta y progresiva, durante un tiempo que queda indeterminado⁸. Los efectos del veneno lo han desfigurado (“lo vio así desfigurado, uvo grand piedad d’él”, pág. 175^b) y ya es incapaz de levantarse de la cama (“él se quiso levantar e posar en la cama, mas no pudo”, íbid.). Una larga agonía ante la que su entorno asiste impotente y sumido en el dolor (“E todos vieron su muerte e fueron muy tristes, e començaron fazer gran llanto”, pág. 174^a). Un dolor que sufre, por supuesto, su amada Iseo⁹, y que acabará extendiéndose incluso a su tío, quien cambiará sus sentimientos y se arrepentirá de su acto¹⁰.

Los últimos tres días de la vida de Tristán son de gran intensidad (“no podía escapar, según dezían, nin durar más de tres días”, pág. 175^a)¹¹.

El primer día se articula en torno al encuentro de los miembros del triángulo amoroso, entre quienes desaparece la tensión y se logra la armonía; y a la confirmación de la inevitable muerte de Tristán. Es ya momento de sincerarse, pues el final está próximo. Sin duda, es Marco el que desempeña el papel principal. Marco reflexiona y deja ver claramente su voluble naturaleza, impropia de un rey y de un caballero, pues se mueve por los sentimientos y no por la razón. Legalmente, actúa de forma impecable al aplicar a Tristán, sobrino y vasallo, el castigo prescrito para el delito de adulterio y deslealtad al rey¹², su señor (“¿por qué me fuiste desleal”, pág. 174^b)¹³; pero lo hace llevado por la IRA

⁸ No se especifica el número de días y la única referencia a la duración se fija mediante la mención de noticias recibidas por Marco (“El rey cada día embiava al castillo por saver de don Tristán”, 174^b). En *TP* (pág. 188), se fija en un mes al igual que en *TRi* (pág. 394), mientras que en *TR* no se concreta. En *TC*, no se ha conservado esta parte.

⁹ Sobre la compunción de la reina se hace hincapié a lo largo del relato, como, por ejemplo, en: “rompióse todas sus vestiduras, e fazía tan gran duelo que era maravilla. E no quedava de llorar, e torcía sus manos”, pág. 174^b.

¹⁰ Marco pasa de la alegría (“E jamás fue el rey tan alegre como en aquella sazón”, pág. 174^b), a la tristeza y al más profundo y sincero dolor, consciente del daño causado (“-Ay, mezquino, cabtivo, cómo he muerto el más cortés e el mejor cavallero del mundo, e he fecho gran mal e pérdida a mí mesmo e a toda Cornualla!”), pág. 175^b).

¹¹ En *TP*, se dan tres o cuatro días (pág. 189), como en *TRi* (pág. 396); en *TR*, no se menciona; y *TC* recoge tres días (pág. 129).

¹² Como se señala, por ejemplo, en *Castigos del rey don Sancho IV*: “Grand pecado es e grand mal estança toller la muger casada a su marido e darle carrera por que faga mal” y “Mío fijo, cosa natural es e de razón prouada, segund según que yo agora te diré e te demostraré, en que los vasallos deuen por derecho seruir e obedesçer e guardar e honrrar al su rey demás”, *Castigos del rey don Sancho IV*, Hugo Óscar Bizarri, ed., Frankfurt am Main-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2001, págs. 197 y 130.

¹³ Véase Marta Madero, *Manos violentas, palabras vedadas*, Madrid, Taurus, 1992.

REGIS y no por la PRUDENTIA¹⁴, como correspondería a un buen monarca¹⁵; y no ha calibrado las tremendas consecuencias que podría conllevar, ya que su acto ha dejado al reino desprovisto de su posible heredero (“E bien veo que mi reino y yo gran pérdida perdemos en vuestra muerte”, pág. 175^a). Ahora bien, necesita justificarse y descargar su conciencia, por lo que culpa de su comportamiento a Aldaret, su otro sobrino (“¡E maldito sea Aldaret, que primeramente me aconsejó esto, que lo fiziese!” pág. 175^b), quien, tal vez, esperaba así allanar su camino hacia el trono. He aquí el peligro que entraña un mal o falso consejero¹⁶.

En el segundo día, la figura central es Tristán, quien ante su cercana muerte se prepara (“se esforzó de hablar fuertemente por la muerte que le llegava”, pág. 117^a). Reflexiona, comienza a fijar sus voluntades, y da muestras de un auténtico comportamiento caballeresco. Se lamenta por su forma de morir, ya que lo hará alejado de sus compañeros de armas, jóvenes como él (“¡Ay, Dios, cómo muero tan joven, que ya mi fin se allega!” pág. 180^a)¹⁷, con los que ha compartido la vida errante (“¡Ay, señores cavalleros andantes, y cómo me havéis perdido!” pág. 178^a), y a quienes les será permitido participar aún en renombradas aventuras (“¿Y por qué no avéis querido que yo sea en la Sancta Conquista del Sancto Grial?” pág. 180^a); y postrado en la cama (“¡E cómo soy tan triste, porque muero en la cama, sin ninguna batalla!” pág. 178^a), y no como ansía todo caballero: en combate (“¿y cómo quesiste que yo muriese sin batalla”, *ibid.*).

Su orgullo de pertenencia al ORDO caballeresco le conduce a entregar a Sagramor dos de sus armas, la espada y el escudo (“el mi escudo e la mi

¹⁴ Según se indica, por ejemplo, en *Libro de los doze sabios*: “Dixieron que fuese tenprado, por quanto tenperança es una maravillosa virtud e es medianera entre bien e mal, e es medio entre todas las cosas; que si el señor, o príncipe, o regidor non remediase su saña con tenplamiento muy de ligero podría fazer cosa con dapño grande del pueblo, e de que se arrepentiese e por bentura non pudiese remediar. E tenplando su saña e todos sus fechos non fará cosa que sea desserbiçio de Dios e dapño del pueblo, ante sus fechos serán siempre temidos e loados e non le pueden ser reputados a mal”, Héctor H. Gassó-Diego Romero Lucas, ed., “*Libro de los doze sabios o Tratado de la nobleza y lealtad*”, *Memorabilia. Boletín de Literatura Sapiencial*, 6, 2002, (cap. VIII).

¹⁵ Véase José Manuel Nieto Soria, *Fundamentos ideológicos del poder en Castilla (siglos XIII-XVI)*, Madrid, EUDEMA, 1988.

¹⁶ Como se recoge, por ejemplo, en *Castigos del rey don Sancho IV*: “[...] non te pagues nin quieras en tu compannía omne mesturero nin dezidor nin asacador de mal, ca todo aquel que es mesturero por fuerça ha de seer dezidor e asacador de todo mal”, *op. cit.*, pág. 214.

¹⁷ Sus recuerdos son para Palomades (pág. 178^a), Dinadán (*ibid.*), Lanzarote del Lago (pág. 180^a) y todos los miembros de la Mesa Redonda (“¡Ay, Tabla Redonda, e cómo me avéis perdido!” *ibid.*).

espada”, pág. 177^b), para que las lleve a la corte del rey Arturo. Detengámonos en el gesto.

Desde el inicio de la configuración del imaginario de la caballería, se notó la necesidad de dotar de un significado determinado a los elementos distintivos y caracterizadores del caballero y de su función: las armas. De ahí que se procediera a atribuir tanto a las armas ofensivas como a las defensivas un valor simbólico acorde con el espíritu cristiano que culminará en la imagen del *miles Christi*¹⁸.

La espada deviene símbolo de la ‘obediencia’ y ‘justicia’, y el escudo de la ‘vergüenza’, como, por ejemplo, se documenta en el *Lancelot en prose*, conocido en Castilla en el último tercio del siglo XIII; o en *L’arnès del cavaller* (1370-1380) de Pere March en los territorios de la Corona de Aragón¹⁹.

La presencia de la espada y del escudo se emplearía para resaltar ambas virtudes como las más destacadas de Tristán, quien, ante la imposibilidad de que su cuerpo sea trasladado y enterrado en Camelot, el centro del mundo artúrico (AXIS MUNDI)²⁰ (“pues no puedo presentar mi cuerpo a la corte del rey Artur, ni a los cavalleros de la Tabla”, pág. 178^a), deja ambas armas como recuerdo de su existencia, como manifestación de ‘obediencia’, ‘justicia’ y ‘vergüenza’, y como su representación (*representatio*)²¹; y, así, él estará presente entre sus compañeros (“les presentéis la mi espada e el mi escudo en remembrança de mí, por tal que se les de mí miembro, cuando le vieren”, *ibid.*).

A continuación, Tristán pide a Iseo, que se entregue a la muerte con él, y ella lo acepta (“Yo querría morir con vos, así que nuestras almas fuesen amas a un lugar”, pág. 178^b), aunque duda de que Dios se lo conceda (“por que ruego a

¹⁸ Véase José Enrique Ruiz-Domènec, *La caballería o la imagen cortesana del mundo*, Genova, Università da Genova, Istituto di Medievistica, 1984; Jean Flori, *L’essor de la chevalerie. X^e-XII^e siècles*, Genève, Droz, 1986; Franco Cardini, *Alle radici della cavalleria medievale*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1987; y Josef Fleckenstein, *La caballería y el mundo caballeresco* (trad. José Luis Gil Aristu), Madrid, Siglo XXI-Real Maestranza de Caballería de Ronda–Fundación Cultural de la Nobleza Española, 2006.

¹⁹ Véase *Lancelot, roman en prose du XIII^e siècle*, VIII, Alexandre Micha, ed., Genève, Droz, 1978-1982, págs. 250-252; *The Vulgate Versions of the Arthurian Romances*, III, Oskar H. Sommer, ed., 1910-1912, págs. 114-115; y Pere March, *Obra completa*, Lluís Cabré, ed., Barcelona, Barcino, 1993, vv. 530-544 y 676-679.

²⁰ Sobre este concepto y sus implicaciones, véase Yi-Fu Tuan, *Topophilia. A study of environmental perception, attitudes and values*, Englewood Cliffs (New Jersey), Prentice-Hall, 1974, págs. 146-148.

²¹ Empleo el concepto tal y como lo define Carlo Ginzburg, “Rappresentazione. La parole, l’idea, la cosa”, *Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza*, Milano, Feltrinelli, 1988, págs. 82-99.

Dios que me dé la muerte, que yo no deseo otra cosa [...] Mas, cierto, yo soy tan pecadora, que le he mucho deservido, y no me querrá fazer tanta merced que con vos me lieve”, íbid.)²².

Llega la noche y se acaba el tiempo de la esperanza. Iseo, dada la imposibilidad de una curación médica (“E començó consigo mesma a pensar que ya por vía de medecina Tristán no tenía remedio”, íbid.), recurre a una posible curación divina, espera un milagro (“para pedir a Dios la oviese merced: pues él era çurujano verdadero, proveyese de salud a su Tristán”, págs. 178^b-179^a). A tal fin decide entregarse a la plegaria durante toda la noche en una iglesia (“aquella noche velar en la iglesia [...] la Iglesia de Nuestra Señora”, págs. 178^b y 179^a), en compañía de Brangel, su doncella, y Gorvalán, el ayo de Tristán, en quienes confía como verdaderos peticionarios ante Dios (“Como quiera que yo, según los deservicios le tengo fechos, recelo oída no seré, mas confiando en su clemencia, quiero que aparejés para que secretamente vamos”, íbid.). Los tres se muestran devotos y humildes (“hincados los hinojos devotamente”, íbid.), y rezan ante un crucifijo. Iseo implora la curación de su amado, muestra su contrición y se culpa (“he seído la incitadora de todos deservicios que hecho te ha”, pág. 179^b), y ofrece su vida a cambio de la de él (“E como quiera que yo, Señor, conozco que te soy deudora, tu clemencia no quiera que la desonesta vida mía quede en el mundo, por testimonio e exemplo a los que prósperos su merecer les hará”, íbid.). Verdadero acto de amor, que Gorvalán y Brangel son capaces de juzgar en su justa medida (“él esto juzgue según las intenciones que todos siempre en esto tovimos”, íbid.).

En el tercer y último día, Tristán concluye sus voluntades y se entrega, como buen cristiano, a la muerte²³. Una muerte pública, ritualizada y cargada de teatralidad. Un momento en que se da la oportunidad al moribundo (*MORIENS*) de representar una versión de su vida, que se articula por medio de la confesión, la comunión y el testamento²⁴. Tristán cumplirá con ello. En primer lugar, prepara su alma y se confiesa (“demandó confesión de sus pecados, con gran arrepentimiento e contrición, e un arçobispo lo absolvió”, íbid.). A continuación comulga (“E luego recibió el cuerpo de Dios muy devotamente”, íbid.). Y, por último, dicta su ‘testamento’: deja a Gorvalán y a Brangel, quienes deberán

²² Se alude claramente a la imposibilidad del execrable acto del suicidio, cometido por algunas doncellas o damas del mundo artúrico. Véase Alexander Murray, *Suicide in the Middle Ages*, 2 vols, Oxford, Oxford University Press, 1998-2000.

²³ Véase Laura Vivanco, *Death in Fifteenth-Century Castile: Ideologies of Elites*, Woodbridge (Suffolk)-Rochester (New York), Tamesis, 2004.

²⁴ Véase Rebeca Sanmartín Bastida, *El arte de morir. La puesta en escena de la muerte en un tratado del siglo XV*, Frankfurt am Main-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2006.

contraer matrimonio (“quiero que vós, Gorvalán, os caséis con la doncella Brangel”, pág. 180^b), todos sus dominios en usufructo (“e poseed e tomad mi reino y sed señores d’él, para que en mi lugar estéis e le residáis”, íbid.), que deberán compartir con Quedín, su cuñado, si éste así lo desea (“E mando, otrosí, que Quedín mi cuñado, que sea em par de vos, Gorvalán, si él no quisiere tornar a su tierra”, íbid.), pero los lega, en definitiva, a Arturo (“E mandó otrosí, que después de vuestros días quede el mi reino a la corona del rey Artur”, íbid.). Tristán actúa así con extrema sabiduría y prudencia: agradece su fidelidad a sus servidores, se muestra generoso con sus parientes, pero, al no tener herederos directos, cede su reino a quien le corresponde, un rey²⁵. Seguidamente, sujeta un “cirio encendido en la mano”, símbolo de la llegada inminente de su muerte (“¡De oy más, ven tú Muerte, cuando quisieres, que cierto sabía yo que, pues era nacido, que avía de morir”, íbid.)²⁶, abraza fuertemente a su amada (“Volvióse la reina a él, e llegósele tanto que don Tristán la tomó e abraçola entre sus braços, e ella a él. E túvola tan bien apretada que duramente ge la pudieran sacar de los braços”, pág. 181^a), y, mientras la besa (“e estando abraçados boca con boca”, íbid.), expira (“le salió el ánima del cuerpo”, íbid.). Acto seguido, la reina muere de dolor (“E la reina, cuando lo vio así muerto en sus braços, del gran dolor que ovo, reventóle el corazón en el cuerpo, e murió allí, en los braços de Tristán”, íbid.)²⁷.

Tras la muerte de ambos, se prorrumpen en llantos (“Luego se comenzó a fazer gran llanto a maravilla por todo el castillo. E tan grande fue que ninguno lo podía creer”, íbid.) y sigue el duelo (“E luego vinieron todos los grandes hombres e los cavalleros de Cornualla e de todo el reino, e todos comenzaron a hazer muy gran duelo a maravilla”, pág. 181^{a-b}). Es necesaria la expresión pública de dolor por la pérdida de un gran caballero y rey, y de una reina²⁸.

²⁵ El ‘testamento’ se concibe como una reescritura de la historia individual, un archivo de la memoria. De ahí que se perciba como una ‘autotanatografía’. Véase Rebeca Sanmartín Bastida, *El arte de morir. La puesta en escena de la muerte en un tratado del siglo XV*, especialmente, págs. 105-106.

²⁶ Recoge Sebastián de Covarrubias: “Estar con la candela en la mano, estar espirando; tradición santa de la Iglesia Católica, que significa la caridad, la fe, la vigilancia, con que esperamos al Señor, que venga y llame a nuestra puerta”, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, op. cit., pág. 284.

²⁷ La descripción de la muerte de Iseo coincide con *TR* (pág. 510), y se distancia de *TP* (pág. 199) y *TRi* (pág. 405), en los que es Tristán quien la mata. En *TC*, esta parte no ha pervivido.

²⁸ Véase Javier Varela, *La muerte del rey: el ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1850)*, Madrid, Turner, 1990; y Máximo García Fernández, *Los castellanos y la muerte: religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1996.

ENTIERRO (3)

A instancia del rey Marco, los cuerpos de ambos son trasladados (“el rey fizo poner sus cuerpos, que estaban abraçados, amos en unas and<e>[a]s, muy ricamente con paños de oro”, pág. 182^a), acompañados de un gran cortejo fúnebre (“E fízolos levar muy honradamente, rezando toda la clerecía, con muchas cruces e hachas encendidas”, *ibid.*), a Tintagel (“Tintoíl”, *ibid.*)²⁹, la capital de Cornualles. Allí, en la catedral (“la iglesia”, *ibid.*), se expondrán sus cuerpos (“E pusiéronlos en una cama que las dueñas avían fecho en la iglesia”, *ibid.*), como demostración de la fragilidad de la existencia humana³⁰, para que sean velados y honrados (“dixéronles muchas vigalias y obsequias”, *ibid.*), y se les sepultará juntos en su interior en un suntuoso sepulcro (“E el rey Mares mandó fazer una muy rica sepultura, e fízolos allí meter a ambos”, *ibid.*). Se respetará, así, su voluntad (“-Pues ellos tanto en vida se quisieron, sean enterrados en uno”, *ibid.*). De modo que, por medio de la tumba, queda fijado de forma material su recuerdo, se preserva su memoria (“Todo el mundo hablará de su amor tan sublimado”, *ibid.*)³¹ y se evita su olvido (OBLIVIO)³².

III

El compilador de la edición de 1501, como lo debió hacer el del códice, ofreció a sus lectores la posibilidad de conocer extensamente la historia de los amores de Tristán e Iseo. Una historia digna de ser recordada. La biografía de un joven caballero, un joven rey, que muere en plena juventud (IUVENTUS), tras haberse conducido siguiendo las sugerencias propias de esa etapa de su vida³³. Un caballero que fallece, muy a su pesar, en una cama, víctima de su pasión amorosa³⁴, y como consecuencia de la traición a su tío y señor, el rey. Un joven

²⁹ Empleo el toponónimo siguiendo a Carlos Alvar, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

³⁰ Véase André Vauchez, “Introduction”, *Il cadavere. The Corpse*, Firenze, Sismel-Edizioni del Galluzzo, 1990, págs. 1-10.

³¹ Véase Olaf B. Rader, *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin* (trad. María Condor), Madrid, Siruela, 2006.

³² Weinrich Harald, *Leteo. Arte y crítica del olvido* (trad. Carlos Fortea), Madrid, Siruela, 1999.

³³ Véase J[ohn] A[nthony] Burrow, *The Ages of Man. A Study in Medieval Writing and Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1986.

³⁴ No debe olvidarse que continuaba aún muy vivo y se sentía muy próximo el recuerdo de la muerte del joven príncipe Juan (1478-1497), atribuida a su desmesurada pasión por su esposa, la bella Margarita de Austria (una muerte en la cama). Véase Ernest Belenger, *Fernando el*

que es incapaz de regirse por los usos del modelo caballeresco cristiano (*miles Christi*)³⁵, que acaba perdiendo la vida y poniendo en peligro la estabilidad y seguridad de un reino. Una muerte impropia e indigna de un caballero.

Sin embargo, el tiempo no pasa en vano, y, un siglo después, olvidado ya Tristán, don Quijote morirá en su cama, como lo hiciera también Tirante el Blanco, antes que él.

Católico, Barcelona, Península, 2003; José Enrique Ruiz-Domènec, *Isabel la Católica o el yugo del poder*, Barcelona, Península, 2004; y Barbara F. Weissberger, *Isabel Rules*, Minneapolis-London, University of Minnesota Press, 2004.

³⁵ Representado en la ejemplar figura de Galaz. Véase Antonio Contreras Martín, “El reinado de Galaz en Sarraz en la *Demanda del Santo Grial* castellana”, *Amadis de Gaula: Quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Bleca*, José Manuel Lucía Megías-M^a Carmen Marín Pina, ed., Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 133-145.